

La palabra dibujada

Francisco Carpio

Hojea libros tomados de los anaqueles de una biblioteca o de una librería, o de cualquier otro lugar en el que permanecen apilados como edificios de información, como obeliscos de memoria, como prismas de ficción, ofreciéndose a la curiosidad (a veces incluso a la voracidad) de sus potenciales lectores, ha sido siempre una de las actividades predilectas de todos aquellos que amamos a –y necesitamos– los libros, uno de esos momentos especiales que nos ofrece la literatura, y en los que con sólo abrir la puerta-portada de un libro podemos adentrarnos en el más maravilloso y singular de los paisajes, ya sea una de las geografías del mundo o la no menos maravillosa geografía del cerebro de sus autores. El arte de magia de la magia del arte. Hojea sus hojas, y ojea sus páginas con los ojos del sentimiento y del conocimiento.

¿Quién no ha tenido alguna vez, o muchas, estas sensaciones? El que esté libre de pecado que tire el primer libro... Pues bien, estoy seguro de que quienes se acerquen ahora a esta singular biblioteca que nos propone Almudena Lobera se van a ver sorprendidos por un no menos singular juego de percepciones. Cuando se aproximen a sus estanterías buscando adentrarse en el territorio impreso de la literatura, en ese reino 2D del papel escrito, en las catas estratográficas de las palabras, se verán detenidos ante esa ambigua frontera que separa la realidad de la apariencia, un *limes* tan sutil y delgado como el cabello de un sueño, y al tiempo tan infranqueable como la más colosal de las murallas.

Lectura superficial lanza sus redes en las aguas de este engaño perceptivo. Aparentemente –término que encaja como anillo (conceptual) al dedo (formal) de este proyecto– lo que se nos muestra es una sucesión de libros colocados en estanterías. Sin embargo, ahí radica el principal *tour de force* de la propuesta: no son libros, es decir no lo son propiamente como lo serían esos contenedores de conocimiento y memoria a los que acabo de referirme; por el contrario se trata de una serie de molduras (como las que se utilizan para los cuadros) que, apiladas sobre las baldas, se nos aparecen como volúmenes impresos. Los títulos han sido grabados con láser sobre los perfiles de estas piezas prismáticas, aportando diferentes calidades y tonalidades, en función del tipo de madera empleada; por su parte, las “portadas” han sido intervenidas con textos dibujados que responden –en forma y fondo– a ciertos fragmentos de las páginas interiores de determinados libros que han tenido y tienen una especial relación y significación con el trabajo y con la propia biografía personal de su autora. Los diversos tipos de letras funcionan como auténticos dibujos, constituyendo sin duda una de las singularidades de este proyecto. Tipografías de la razón, pero igualmente de la emoción. La palabra dibujada; porque escribir es también otra forma de dibujar (o dibujar otra forma de escribir...).

Una elección tan “pictórica” como la de estas molduras-marcos convertidas en soportes sobre los que depositar las palabras pintadas y dibujadas, le sirve conscientemente para plantear una interesante reflexión sobre el universo textual y el universo visual. A lo largo del tiempo –y consiguientemente, de la historia– hemos asistido a una profunda e híbrida relación entre ambos mundos. Un diálogo –fértil y a la vez complejo– que se remonta al propio origen de los lenguajes artísticos. Plástica y literatura, o lo que es lo mismo, imagen y palabra, han vivido un continuo e intenso idilio, en el que ambas esferas se han complementado, fusionado y cuestionado en un constante, estimulante –y muchas veces difícil– maridaje.

“*Ut pictura poesis*”. Tras esta famosa locución de Horacio, mucho ha llovido sobre la esponjosa y maleable arena del Planeta Arte (en bastantes ocasiones sobre mojado), regando y abonando ese simbiótico tanto monta entre lo visual y lo textual, hasta llegar a nuestro tiempo, en el

que las incursiones y excursiones de los registros verbales, de las palabras y los textos dentro de la geografía plástica, han acabado convirtiéndose en una práctica habitual.

Se establece análogamente una singular interrelación entre el objeto libro y el objeto cuadro, que a su vez se convierten ambos en sujetos de esta dialéctica.

“De los diversos instrumentos del hombre, el más asombroso es, sin duda, el libro. Los demás” –nos dirá Borges– *“son extensiones de su cuerpo. El microscopio, el telescopio, son extensiones de su vista; el teléfono es extensión de la voz; luego tenemos el arado y la espada, extensiones de su brazo. Pero el libro es otra cosa: el libro es una extensión de la memoria y de la imaginación...”* El libro, generador también de imágenes mentales, se convierte, pues, en protagonista de este proyecto de Almudena Lobera. Un libro que ahora desborda las concretas fronteras del saber impreso y acaba convirtiéndose en metáfora y en icono plástico.

Resulta igualmente interesante el peculiar enfoque que aplica aquí en relación al dibujo, por cierto, una estrategia plástica –quiero recalcarlo– que goza en la actualidad de una excelente salud creativa, y que ha sido practicada asiduamente por esta autora. Al elegir este lenguaje, y no otro, para representar los textos seleccionados, nos sugiere toda una declaración de intenciones sobre cuál es su personal implicación con él. *“El proyecto”* –confiesa– *“habla de mi relación con el dibujo y el arte, (considero que aprendí a dibujar leyendo los diversos libros que me “recetaba” mi profesor)...”* A buen seguro que fueron saludables recetas para “curar” el –maravilloso– mal de la curiosidad. Y una prueba más de las sugerentes sinergias que se van tejiendo para la construcción de su proyecto.

El propio título puede parecer que, en cierto modo, nos induce a aplicar una diferente recepción, como si fuéramos invitados-incitados a consumir estas obras una vez más desde la prisa, desde lo efímero, desde lo superficial, tal como ocurre con tan excesiva frecuencia al acercarnos a la obra de arte, a la experiencia de ver una exposición o a la de asistir a una feria. Aparentemente igual que esos quince minutos de fama *warholianos* de “usar y tirar” que tan enraizados permanecen en nuestra sociedad artística tras la aparición de la cultura del espectáculo... Y sin embargo, es todo lo contrario. Parafraseando a Paul Valéry podríamos decir que aquí *“la superficie (la piel) es lo más profundo (del hombre)...”* En definitiva, lo que pretende es lanzar al espectador un guiño cómplice, para que se convierta también en parte activa de la obra, tocándola y cogiéndola (lo que conscientemente pervierte la extendida convención de no hacerlo que nos invade cuando visitamos una exposición), y, sobre todo, para que sepa bucear en esas plurales superficies y llegar hasta el fondo, que es donde siempre se hallarán los tesoros. Pasen, vean, lean y descúbranlos...

Texto escrito para el proyecto *Lectura superficial*, premio ABC-Proyecto Sala 4 en colaboración con el Museo ABC de Dibujo e Ilustración, presentado en la feria ARCO 2013, Madrid. Publicado en febrero de 2013

Francisco Carpio (Madrid, 1956)
es escritor, crítico de arte, comisario independiente y profesor de *Éstetica y Arte Contemporáneo* en la Universidad Francisco de Vitoria de Madrid.